



## UNA RENOVADA IMAGEN SOCIOECONÓMICA DE LA ESPAÑA ILUSTRADA: BARETTI, BOURGOING Y FISCHER

LUIS PERDICES DE BLAS  
JOSÉ LUIS RAMOS GOROSTIZA  
Universidad Complutense de Madrid  
Campus de Somosaguas

### Introducción

El italiano Giuseppe Baretti (1719-1789), el francés Jean François Bourgoing (1748-1811) y el alemán Christian August Fischer (1771-1829) fueron tres de los viajeros más importantes que visitaron España en la segunda mitad del siglo XVIII. Como se verá, sus respectivas obras –*Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia* (1770), *Imagen de la moderna España* (1797) y *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz* (1799)– son complementarias en cuanto a fechas, recorridos y enfoques, al tiempo que comparten rasgos comunes que les dotan de singularidad y especial valor (su interés por aspectos generalmente ignorados en los relatos de viaje de la Ilustración, su contacto con todos los niveles de la sociedad española, etc.). Ello invita a tomarlas en consideración conjuntamente.

Pero su rasgo distintivo común más importante es que ofrecieron un panorama global de la realidad socioeconómica de la España ilustrada que rompía con la muy negativa imagen del país y de sus habitantes aún por entonces dominante en el extranjero. Era una imagen que estaba sólidamente establecida desde el siglo XVII y que se vio reforzada e incluso amplificada en el XVIII: la imagen de un país profundamente atrasado y decadente en lo económico, social y cultural que no valía la pena visitar; un país al margen de la modernidad y con escasas posibilidades de mejora, anclado en la ignorancia, la ociosidad y la pereza, y sojuzgado por el despotismo, la superstición y el fanatismo; un país –en definitiva– aletargado e inerme, en el que no se habían producido cambios significativos desde hacía más de un siglo ni parecía previsible que fueran a producirse a medio plazo.

En efecto, en la segunda mitad del siglo XVII la mayor parte de los viajeros de distintas nacionalidades que visitaron España transmitieron un panorama socioeconómico desolador: despoblación, tierras mal cultivadas, carencia de manufacturas, atraso técnico-científico, comercio en manos extranjeras, comunicaciones lamentables, pueblo mísero, indolente e ignorante, nobleza envanecida y negligente, apabullante peso de la Iglesia, etc<sup>1</sup>. Esta imagen tan negativa fue reiterada especialmente por los viajeros extranjeros de la primera mitad del

<sup>1</sup> Para los viajeros extranjeros del siglo XVII en general véase Perdices de Blas y Ramos Gorostiza. Para los británicos en particular, Shaw.

XVIII, y se recogió y repitió como un estereotipo en enciclopedias y diccionarios geográficos británicos al menos durante los tres primeros tercios del siglo (Batllori; Freixa, "España"). Aunque los viajeros ingleses del último tercio se mostraron más objetivos y corrigieron algunos de los tópicos más manidos sobre el pueblo español, mantuvieron en líneas generales –incluso en el caso de aquellos mejor informados, como Townsend o Jardine– la idea de una persistente decadencia, poniendo en duda la viabilidad y efectividad de cualquier intento de reforma mientras no hubiera un profundo cambio del régimen político (Guerrero; Freixa, *La imagen* 497-9)<sup>2</sup>. En cuanto a los ilustrados franceses, además de reproducir los distorsionados clichés habituales (holgazanería, superstición, fanatismo, etc.), abundaron en la idea de la decadencia española para poner de relieve las consecuencias del "despotismo y la intolerancia", reduciendo la historia de la Monarquía hispánica a un esquema simplificador y enfatizando el peso de la Inquisición como "un cómodo telón de fondo" que permitía contrastar las tinieblas del oscurantismo fanático con las luces de los *philosophes*. Pero lo relevante es que la Ilustración francesa, creadora de opinión en Europa, tuvo una gran influencia en la difusión por todo el continente de imágenes muy negativas sobre España y los españoles (Iglesias 416-7)<sup>3</sup>. Así, casi al final de la centuria, el gran Immanuel Kant seguía aún insistiendo en viejos lugares comunes y apuntaba –como la literatura posterior del romanticismo– que España, más que un país atrasado respecto a Europa, tenía unos rasgos que la diferenciaban de los países occidentales: "Lo malo es que el español no aprende de los extranjeros, ni viaja para conocer otros pueblos; que está en las ciencias retrasado de siglos; que, difícil a toda reforma, está orgulloso de no tener que trabajar; que es de un espíritu romántico, como demuestran

---

<sup>2</sup> Sobre Townsend y Jardine véase Ramos Gorostiza. Los viajeros británicos criticaron la vigencia de los postulados mercantilistas en lo económico, la pervivencia de algunos elementos cuasi-feudales en lo social, y sobre todo el mal gobierno despótico y el omnímodo poder de la Iglesia en lo político.

<sup>3</sup> Iglesias recoge –entre otras– las opiniones de Montesquieu, Voltaire o el abate Raynal. Véase también Marías (297-9). Para una revisión de la polémica suscitada por la voz de Nicolas Masson de Morvilliers sobre España en la *Encyclopédie Méthodique* (1782), Caro Baroja (60-4). En su artículo, Masson sintetizaba los prejuicios que la Europa culta y desarrollada de la época sentía hacia España, a la que se consideraba un país inculto y decadente, atrapado en el fanatismo, la ignorancia, la pereza y el mal gobierno. En concreto, se preguntaba qué se debía a España, es decir, qué había hecho intelectualmente España por Europa en los últimos siglos; su respuesta era que no había producido nada de interés, al tiempo que subrayaba la incapacidad científica de los españoles. La réplica al autor francés vendría de la mano de ilustrados como Antonio José Cavanilles, Juan Pablo Forner, Juan Sempere y Guarinos o Juan Francisco Masdeu, que intentaron mostrar las aportaciones españolas a la cultura universal. Bourgoing (345-51) se referiría explícitamente y con cierta amplitud a la citada polémica.

las corridas de toros, y cruel, como demuestra el antiguo *auto de fe*, y que revela en su gusto, en parte, su origen extraeuropeo” (269-70).

Pues bien, el objetivo de este trabajo es mostrar que, sin renunciar a la crítica de aquellos aspectos de la realidad española que no les gustaron, Barette, Bourgoing y Fischer rompieron con esa negativa imagen de España tan arraigada y se esforzaron por corregir y revisar las preconcepciones heredadas: rechazaron de plano los tópicos sobre el carácter español<sup>4</sup>; matizaron sus opiniones en función de la notable diversidad regional; fueron sensibles a los intentos de mejora del reformismo borbónico reconociendo los notables avances realizados en ciertos ámbitos; y plantearon algunas propuestas concretas, mostrándose bastante optimistas respecto al futuro del país y sus potencialidades en el concierto europeo. De hecho, como también se pretende poner de manifiesto en este trabajo, la visión conjunta de estos tres viajeros enlaza en gran medida con el posibilismo de los economistas españoles de la segunda mitad del XVIII, que, pese a reconocer el retraso relativo de España frente a las grandes potencias europeas de la época, creían en los logros alcanzados y confiaban en la capacidad de crecimiento de la economía española bajo el despotismo ilustrado.

Aunque hubo también algunos otros viajeros extranjeros – especialmente alemanes– que ya hacia finales del siglo XVIII subrayaron los progresos realizados por el país durante los reinados de Carlos III y Carlos IV<sup>5</sup>, lo que distingue a las obras de Barette, Bourgoing y Fischer es –como se señalará a continuación– su amplia difusión, su complementariedad, y la calidad, amplitud y viveza de las informaciones que transmiten sobre los más variados aspectos de la realidad socioeconómica española. De hecho, constituyen sin duda las tres obras más sobresalientes en el intento de renovación de la imagen externa de España durante la segunda mitad del Dieciocho.

---

<sup>4</sup> Aunque Bourgoing, en su intento de entender y justificar al español, consiguió a menudo implícitamente el efecto contrario al deseado: reforzar ciertos tópicos. Véase Raventós (“El barón” 454-7; “Los queridos”).

<sup>5</sup> Como señala Friederich-Stegmann (*La imagen* 204-5), los viajeros alemanes visitaron España sobre todo en la década de 1790, y la mayoría –sin eludir la crítica y la repetición de algún tópico– transmitió una imagen predominantemente positiva del país, subrayando en especial los avances en ciencia y cultura. Dos visitantes especialmente destacados fueron los hermanos von Humboldt, que vinieron a España por separado en 1799. Mientras Alexander limitó sus informaciones a los resultados de sus investigaciones científicas sobre el clima y la geografía españolas (Rebok 59-60), Wilhelm dibujó un cuadro bastante detallado de la sociedad, en el que se alternaban equilibradamente críticas y alabanzas (Humboldt). También algunos viajeros italianos, pese a identificar en España sombras y rémoras importantes, reconocieron el afán de reforma y de incorporación a las nuevas corrientes de pensamiento (Soriano 184).

### Tres visiones complementarias y con importantes rasgos comunes

En una época en que Europa vivía una auténtica fiebre lectora de narraciones de viajes, los tres libros aquí considerados tuvieron un éxito inmediato y una amplia difusión, con reediciones y traducciones tempranas a distintos idiomas que les otorgan un lugar muy destacado en la literatura de viajes del siglo XVIII sobre España. Una primera versión del libro de Baretti se publicó en italiano en 1762 como *Lettere familiari*, aunque finalmente sólo llegaron a imprimirse, mutilados por la censura, dos de los cuatro tomos proyectados. Pero ya en 1770 apareció en Londres la versión inglesa preparada por el propio Baretti, con el nuevo título mencionado en la introducción y algunos añadidos de un segundo viaje a España. La obra, muy bien recibida por la crítica, se publicó a la vez en dos ediciones, en cuarto y en octavo, y a los dos meses apareció una tercera edición. Resultaba novedosa porque era el segundo libro sobre la Península Ibérica que, después del de Clarke, veía la luz en Inglaterra en el siglo XVIII. En 1772 se tradujo al alemán, en 1777 al francés, y en 1830 al italiano (Martínez de Pinillos 24-7).

Por su parte, el libro de Bourgoing —prohibido por la Inquisición— se tituló inicialmente *Nouveau voyage en Espagne* (1789) y se tradujo enseguida al inglés (1789), alemán y danés (1790). En 1797 se hizo una reedición corregida ya con el nuevo título *Tableau de l'Espagne moderne*, que se traduciría otra vez al alemán y danés y se reeditaría —incluyendo una carta geográfica— en 1803 y 1807. Ese mismo año de 1807 vio la luz una nueva edición francesa aumentada que en 1808 se traduciría al inglés (Soler 63-4, 69).

En cuanto al libro de Fischer, muy citado y consultado, tuvo un éxito fulminante desde su aparición en 1799: ya en 1800 se hizo una edición abreviada y en 1801 se publicó una segunda edición completa, apareciendo también algunos capítulos sueltos en varias revistas alemanas; para 1803 ya se había traducido a cinco idiomas (sueco, neerlandés, francés, inglés y danés), convirtiéndose a comienzos del siglo XIX en una referencia fundamental sobre España, tanto para los alemanes como para otros europeos. Tal éxito —quizá el mayor entre todos los viajeros que visitaron España en el Dieciocho— llevó a Fischer a publicar otros libros más específicos (por ejemplo, sobre Madrid o Valencia), además de introducir temas españoles en muchas otras obras suyas. Por todo ello puede ser considerado “el más importante difusor de los conocimientos sobre España y su cultura alrededor de 1800” (Friederich-Stegmann, “Estudio” 16, 22-9).

Como se ha comentado anteriormente, los tres relatos de viajes analizados son complementarios en varios aspectos relevantes. Por un lado, en cuanto a la secuencia de fechas, pues cubren ampliamente los reinados de Carlos III (1759-1788) y Carlos IV (1788-1808). Baretti visitó España por primera vez recién comenzado el reinado de Carlos III, en 1760-1, y luego de nuevo en 1768-9. Por su parte, Bourgoing estuvo en España con distintos cometidos diplomáticos durante un largo periodo que abarcó ambos reinados: entre 1777 y 1785, entre 1792 y 1793, y otra vez en 1795 como negociador de la Paz de Basilea. Por

último, Fischer viajó a nuestro país casi al finalizar el siglo, en 1797-8, cuando Carlos IV cumplía ya prácticamente una década en el trono.

Por otro lado, los citados libros resultan también complementarios en cuanto a enfoques y recorridos. De los tres autores, Bourgoing es quien más tiempo pasó en España, a caballo entre ambos reinados, y quien elaboró un texto más extenso. Aunque sin ajustarse plenamente al ideal del viaje “filosófico” o “ilustrado”, su libro es el que más se aproximó a dicho modelo, que pretendía obtener y transmitir lo más objetivamente posible un conocimiento enciclopédico del país visitado, con informaciones relativas a los más variados aspectos (forma de gobierno, instituciones científicas y culturales, agricultura, estado de las manufacturas, medios de transporte, sociedad, comercio, etc.)<sup>6</sup>. Sobre esta obra referencial de Bourgoing, que trazó uno de los cuatros más completos de la España de la segunda mitad del Dieciocho y fue elogiada por sus contemporáneos (Bennassar 1207), los libros de Baretto y Fischer, situados respectivamente antes y después en lo cronológico, encajan a la perfección, completando el panorama ofrecido por el francés con detalles e informaciones menos convencionales y más variadas, y con un estilo mucho más cercano y literario que adoptaba la forma epistolar<sup>7</sup>. Además, es importante destacar que se trata de tres miradas sobre España desde distintas partes de Europa, lo que refuerza aún más la aludida complementariedad.

Baretto fue un periodista y lexicógrafo italiano emigrado a Inglaterra con 32 años, donde llegaría a ser secretario para la correspondencia extranjera de la Real Academia y trabaría amistad —entre otros— con Edmund Burke, Samuel Johnson o Joshua Reynolds. Escribió sobre España desde una comprensión, una simpatía y un conocimiento de la cultura española sin parangón en ningún otro viajero dieciochesco, lo que contrastaba acentuadamente con la actitud arrogante y desdeñosa de muchos de los viajeros propiamente británicos<sup>8</sup>. Quizá por ello su libro es tan peculiar y sigue conservando un enorme atractivo para el

---

<sup>6</sup> La acusada pretensión de objetividad de Bourgoing y su búsqueda de veracidad, exhaustividad y exactitud ha sido puesta de manifiesto por Raventós (“El barón” 447-9).

<sup>7</sup> En 1780 se publicó el libro de viajes de Jean-François Peyron, que fue quizá el primer intento serio realizado en la Francia del Dieciocho de ofrecer una imagen algo más objetiva de España. Y a comienzos del siglo XIX aparecería el sobresaliente libro de viajes de Alexandre de Laborde, aunque ya con un carácter bien distinto al de Bourgoing.

<sup>8</sup> Baretto trabajó durante un tiempo en la traducción inglesa de *El Quijote* —que no llegó a culminar— y luego criticó duramente la traducción realizada por John Bowle. Proyectó también llevar adelante la edición inglesa del *Fray Gerundio de Campazas* del padre Isla, a quien había conocido en Italia. Fue autor de un celebrado *Diccionario español-inglés* en dos volúmenes (1778) y de diversos ensayos filosófico-literarios. Hablaba italiano, inglés, francés y español (Martínez de Pinillos 21-3).

lector actual, dada la frescura y espontaneidad de sus descripciones que se combinan con agudas reflexiones nacidas de un sentido crítico e independiente. En su primer viaje a España entró por Badajoz y fue hasta Madrid pasando por Mérida, Toledo y Aranjuez, saliendo luego por la Junquera vía Alcalá, Guadalajara, Zaragoza y Barcelona. En su segundo viaje siguió la ruta Roncesvalles, Pamplona, Tafalla, Cintruénigo, Ágreda, Almazán, Jadraque, Hita y Madrid (donde pasó dos meses), regresando por Burgos, Bilbao e Irún.

El diplomático y aristócrata Bourgoing –primer secretario de la embajada francesa en Madrid desde 1777 a 1785 y luego embajador de la Francia revolucionaria en los difíciles años 1792 y 1793– disfrutó de una posición observadora excepcional como residente estable en la Corte que viajaba por la Península: tuvo acceso franco a las élites del país (aunque ello no le impidió tratar también a otras clases sociales); su larga estancia de más de nueve años le permitió familiarizarse con calma con aspectos imposibles de captar para el viajero de paso; y –quizá por ello– no organizó todo su amplio libro del modo tradicional al hilo de un itinerario, sino también por temas (tomo II), analizando sistemáticamente las instituciones y bases socio-económicas de la monarquía española, pero sin renunciar al mismo tiempo a transmitir asimismo anécdotas curiosas o detalles de la vida cotidiana. En su venida a España eligió el recorrido Vitoria, Burgos, Valladolid, Segovia y Madrid, exploró también los alrededores de la capital incluyendo los Reales Sitios, e hizo visitas a otras poblaciones importantes (Salamanca, León, Zamora, Ávila, etc.) (tomo I). Asimismo, describió tres largos viajes realizados desde Madrid: a Zaragoza, a Cádiz (por tierras castellano-manchegas y andaluzas), y a Valencia y Cataluña (tomo III).

Fischer fue escritor, traductor y profesor. Tradujo al alemán el tercer tomo del libro de Bourgoing y fue un declarado admirador suyo, concibiendo explícitamente su propia obra como un complemento de la del autor francés, tanto en lo referente a las noticias aportadas sobre algunos temas de los que Bourgoing solo había dado una idea general, como en lo que respecta al recorrido realizado a lo largo de dieciséis meses (Fischer 73). Llegó en barco a Guetaria (País Vasco), pasó cuatro meses en Bilbao (que Bourgoing no visitó), fue luego a Burgos, Madrid (donde permaneció ocho meses), Badajoz (ciudad tampoco aludida por el francés), Sevilla, Cádiz, Valencia y Barcelona<sup>9</sup>. Como Baretti –cuyo libro seguramente conocía– Fischer era un hombre de letras interesado por la cultura española que sabía hacer atractivo un texto<sup>10</sup>, siendo

---

<sup>9</sup> Galicia, Asturias y Cantabria quedaron fuera de los itinerarios de los tres viajeros.

<sup>10</sup> Fischer fue traductor al alemán de novelas como el *Buscón* y el *Guzmán de Alfarache*, de textos de viajeros españoles por Iberoamérica, y de autores como Antonio José Cavanilles (1745-1804) o Ignacio Jordán de Asso (1742-1814). Además de escritor y traductor, llegó a ser profesor de historia de la cultura y la literatura en la Universidad de Würzburg. Parece que hablaba al menos nueve

además especialmente versado en cuestiones comerciales<sup>11</sup>. Sin fijarse en lo artístico-monumental, Fischer se centró en describir lo que vio en el terreno político, comercial, social y cultural, pero atendiendo también a costumbres, paisajes y escenas callejeras. De especial interés son sus consejos prácticos para el viajero (postas, caminos, posadas, etc.).

Pasemos ahora a destacar los importantes rasgos comunes de los tres relatos de viajes. En primer lugar, Bourgoing, Baretti y Fischer se movieron a todos los niveles de la sociedad española: lo mismo trataron con arrieros, posaderos y campesinos que con nobles, militares y eclesiásticos. No obstante, mientras Bourgoing, como representante francés en la Corte española, frecuentó especialmente a la aristocracia con capacidad para intervenir en los asuntos de Estado, Baretti y Fischer –que vino sin cartas de recomendación– se codearon sobre todo con el pueblo llano. En segundo lugar, la inmersión social de los tres viajeros se vio sin duda facilitada por su interés por la cultura española y su buen conocimiento del idioma, que –pese a lo que cabría pensar a priori– no fue moneda corriente entre los visitantes extranjeros de la época. Los tres eran hombres cosmopolitas y políglotas que tenían el punto de comparación de la realidad de otros países, y cuya buena formación y capacidad analítica les permitía expresar juicios fundamentados. En tercer lugar, Baretti, Bourgoing y Fischer mostraron curiosidad por una amplia variedad de aspectos a los que la mayoría de viajeros no prestaron la menor atención. Es decir, ninguno de ellos se ajustó estrictamente al estereotipo del viajero de la Ilustración concentrado solo en dar cuenta concienzudamente del sistema político, la agricultura, las manufacturas, los medios de transporte, el comercio o la vida intelectual, sino que además se interesaron por multitud de detalles de la vida cotidiana, como la gastronomía, los vestidos, las expresiones lingüísticas, los bailes, las diversiones o los espectáculos. Esto dotó a sus relatos de fluidez y viveza, cualidades a las que Baretti y Fischer añadieron un estilo literario atractivo (más seco en el caso de Bourgoing debido a su aludida pretensión de aséptica objetividad). Y en cuarto lugar, como ya se ha señalado, los tres se alejaron de los tópicos que, desde la segunda mitad del siglo XVII, teñían la imagen de España con tonos muy sombríos, presentándola como un país casi “petrificado” y condenado al estancamiento, del que prácticamente nada

---

idiomas, incluyendo entre ellos alemán, inglés, francés, español, italiano, holandés y portugués (Friederich-Stegmann, “Estudio” 19, 20, 23).

<sup>11</sup> Huérfano a edad temprana, Fischer se crió con el comerciante Christian Heinrich Loth. Después de asistir a la Universidad de Leipzig –donde no terminó sus estudios de Derecho– dio clases de correspondencia comercial e intentó buscar trabajo en una casa de comercio de la Península Ibérica (motivo por el que parece que vino a España). Fue también autor de libros dirigidos a comerciantes alemanes para ayudarles en la conversación en español, informarles sobre España y su comercio, o ilustrarles sobre la redacción de cartas comerciales y facturas en español (Friederich-Stegmann, “Estudio” 18-22).

cabía aprender. Pero en el caso de Bourgoing –como indica Raventós (“El barón” 460-1)– parece que su esfuerzo por desmentir la mala imagen externa del país pudo ser algo interesado; es decir, habría tenido cierta intencionalidad política, formando parte de un esfuerzo diplomático que buscaba el entendimiento y la alianza entre Francia y España<sup>12</sup>.

En general, por tanto, puede decirse que Baretti, Bourgoing y Fischer escaparon al tipo habitual de visitante extranjero que tanto molestó a ilustrados españoles como Azara o Ponz<sup>13</sup>, y que Sarrailh criticó con dureza: viajeros cargados de prejuicios que venían a ver lo que ya de antemano pensaban ver, un país “retrasado y excepcional” del cual se burlaban casi siempre desde un sentimiento de superioridad, elaborando relatos plagados de superficialidades y generalizaciones fáciles; autores puramente ocasionales, “oscuros y olvidados”, que solían desconocer el idioma y que en el mejor de los casos se habían documentado de forma parcial y limitada a partir de obras carentes de mérito alguno, permitiéndose el lujo de hablar de casi cualquier cosa sin contar con formación adecuada para ello (321-32).

#### **Una renovada imagen socioeconómica de España: un país en proceso de intensa transformación**

Como se intentará mostrar a continuación, la idea fundamental que transmitieron los tres viajeros estudiados era que, pese a los muchos problemas socioeconómicos concretos que aún se podían detectar en la realidad española, se estaban produciendo claros esfuerzos de mejora y avances significativos. Es decir, aunque los viajeros no dejaron de mostrar una actitud notablemente crítica frente a algunas de las cosas que veían, esbozaron al mismo tiempo una imagen dinámica, progresiva y bastante positiva del país en su conjunto, e incluso –como se verá– proyectaron unas halagüeñas perspectivas de futuro. Nada que ver por tanto con la idea de persistente estancamiento o decadencia que tan comúnmente se asociaba entonces a España.

Así, Baretti –ya en su primer viaje de 1760– constató progresos y dio cuenta, con cierto escepticismo, de múltiples proyectos de reforma en marcha (camino reales, mejoramiento de posadas, nuevas fábricas, colonización de Sierra Morena, embellecimiento y limpieza de la capital, etc.) (350, 416-17, 477). Décadas después, Bourgoing –que consideraba que “los españoles [distaban] mucho de merecer el desdén con que los

---

<sup>12</sup> Parece que la obra de Bourgoing se basaba en un informe confidencial elaborado en 1779 por encargo del gobierno francés; de ahí el interés en ofrecer una imagen veraz del país, limpia de pintoresquismos, prejuicios heredados y anacronismos grotescos (Raventós, “El barón” 450).

<sup>13</sup> José Nicolás de Azara criticó duramente a Henry Swinburne en el prólogo de 1782 a la segunda edición de la *Introducción a la historia natural y geografía física* de Bowles. Antonio Ponz hizo lo propio con el italiano Norberto Caimo, el inglés Edward Clarke y el francés Joseph-Marie-Jérôme Fleuriot (marqués de Langle) en el prólogo de su *Viaje fuera de España* (1785).

[juzgaba] la ignorancia” (931)– reconocía el largo camino recorrido a lo largo del siglo XVIII y sobre todo en su segunda mitad:

No es poco lo que ha hecho ya España [...] con haberse dado fábricas; con haber comenzado a dotarse de caminos y canales; con haber concedido cierta libertad de comercio a las Indias españolas, y a dos de sus colonias una libertad casi total; en una palabra, con haber logrado, desde hace alrededor de treinta años, un crecimiento notable de la industria, las riquezas y la actividad de sus habitantes. Es suficiente para refutar con realidades una parte de los graves reproches con que el resto de Europa puede abrumar a los españoles. (591)

Hubo tres regiones que fueron abiertamente elogiadas por su laboriosidad y su actividad económica, y que parecían la punta de lanza de un país en transformación: el País Vasco, Valencia y Cataluña. El País Vasco llamaba la atención por sus privilegios (autonomía de gobierno, fiscalidad y marco arancelario propios) y también por su pujanza económica (el activo puerto comercial de Bilbao, la siderurgia vizcaína, el grano alavés, el buen estado de algunos caminos, etc.) (Baretti 458-61; Bourgoing 134-49; Fischer 173-80). La próspera Valencia destacaba, además de por la iniciativa de sus habitantes y la seguridad, limpieza y buena organización de la capital, por sus manufacturas de seda, esparto, papel y ladrillos de loza, y por la fertilidad y buen cultivo de la huerta con su peculiar sistema de riegos y su amplia variedad de cultivos (Bourgoing 849-69; Fischer 366-73). Y Cataluña despuntaba por su buen poblamiento, la variedad de su agricultura, y los esfuerzos de construcción y reparación de caminos, brillando especialmente Barcelona, la provincia “menos gravada y más industrial de España” (Bourgoing 905), con su intenso comercio marítimo, sus numerosas manufacturas textiles que se beneficiaban de mano de obra francesa especializada (hilatura de algodón, medias, sombreros, etc.), y sus amplias oportunidades de instrucción (bibliotecas públicas, gabinete de historia natural, escuelas de comercio, dibujo, pilotos, etc.) (Baretti 466-85; Bourgoing 894-903; Fischer 387-96).

En el otro extremo, y en claro contraste paisajístico, económico y humano, los viajeros describieron en general una Castilla decadente, venida a menos: aridez, abandono y desolación, campesinado mísero, ciudades arruinadas, comunicaciones y posadas deficientes, falta de industria y un serio problema de despoblación (Bourgoing 150-79; Fischer 185-90)<sup>14</sup>. No obstante, incluso en este decrepito panorama identificaron algunas señales positivas de cambio, como por ejemplo la escuela de dibujo y la academia de matemáticas creadas en Valladolid, la significativa mejora de algunos tramos de caminos y paseos urbanos, los

---

<sup>14</sup> Baretti (222) subrayaba que eran “innumerables los objetos de curiosidad esparcidos por este reino que [merecían] ser vistos”, y que sin embargo eran completamente desconocidos dado el mal estado general de caminos y posadas.

apreciables progresos en el cultivo de la granza, las buenas prácticas agrícolas observables en ciertas partes de Salamanca, las manufacturas textiles de Segovia y Guadalajara, o la transitada y excelente carretera desde Aranda a Madrid que atravesaba campos bien cultivados y zonas con un apreciable nivel de bienestar (Bourgoing 162-3, 165-6, 367; Fischer 191-4). Tampoco La Mancha, con su monótono paisaje llano y su escasa población, despertó el entusiasmo de los viajeros, pero al menos identificaron algunos núcleos de población de cierta pujanza, reconociendo que si bien la "agricultura no [parecía] brillante", "sólo la falta de agua [impedía] al suelo ser excelente" (Bourgoing 735)<sup>15</sup>.

Al margen del País Vasco, Cataluña y Valencia, provincias tan diferentes como Navarra, Zaragoza, Murcia o Sevilla merecieron asimismo una valoración bastante buena por parte de los viajeros (Bourgoing 709-11, 719-20, 767-73, 841-3; Fischer 333). E incluso la región extremeña, tradicionalmente considerada atrasada, les dejó una impresión mejor que Castilla, al igual que ocurrió con buena parte de Andalucía<sup>16</sup>. Pero fue sin duda la próspera y cosmopolita Cádiz la que se llevó los mayores elogios por su adorno, limpieza y buena arquitectura, sus numerosos mercaderes extranjeros y su formidable comercio americano, sus manufacturas de cordelería y de modificación de textiles foráneos para su posterior reexportación, o su astillero y arsenal de La Carraca (Bourgoing 779-813; Fischer 342-54). También Madrid salió bastante bien parada en los relatos de los viajeros por su viveza y animación y por ser ejemplo de renovación urbana (nuevos paseos y edificios de buena traza, ornato, mejora de la limpieza, etc.)<sup>17</sup>; y lo mismo podía decirse de sus alrededores, ya no "tan estériles y desiertos" como "hace treinta años". Por todo ello, cabía "reconocer el esfuerzo del gobierno para embellecer la capital" (Fischer 211)<sup>18</sup>. Además, llamaba la atención el buen abastecimiento y la abundancia de todo tipo de alimentos de calidad a un precio asequible: "Lo que se vende en el

---

<sup>15</sup> Véase también Fischer (364-6).

<sup>16</sup> Fischer (309-22) describió su viaje de Madrid a Badajoz apreciando en general a su paso zonas de fertilidad y buen cultivo y pueblos con cierto nivel de bienestar, al menos hasta La Roca de la Sierra, ya cerca de la frontera. En cuanto a Badajoz, su visión fue también favorable, destacando el bienestar asociado al intenso comercio con Portugal, que en buena medida era de contrabando. Respecto a la positiva impresión que igualmente le produjo la entrada en Andalucía, véase la página 332. Entre la visión de Extremadura de Baretti (198-228) y la ofrecida por Fischer parece observarse claramente una mejora.

<sup>17</sup> Baretti (280-2) hablaba en su primera visita de 1760 de la suciedad y el hedor de la capital, y también de un plan de limpieza de Carlos III que acabaría dando buenos resultados.

<sup>18</sup> Ver también Fischer (197-211).

mercado de una ciudad sirve muchas veces como fiel escala de su estado de prosperidad” (216-7)<sup>19</sup>.

Uno de los aspectos más destacados por los viajeros fue el avance de las Luces en España, es decir, la significativa mejora en el panorama intelectual y científico, que ya fue percibido por Baretti a comienzos del reinado de Carlos III (330-1, 349-51)<sup>20</sup>. Dicho avance se había traducido tanto en el esfuerzo por estar al día en las distintas disciplinas como en la creación de una amplia variedad de instituciones culturales y científicas (academias, institutos, bibliotecas, colecciones, periódicos, etc.)<sup>21</sup>. Respecto a lo primero, cabe subrayar la amplia noticia que ofreció Fischer (245-308) en su carta número 33 sobre el estado del saber en España: a lo largo de casi setenta páginas recogió una extensa relación de las publicaciones más notables del momento en doce especialidades (incluyendo obras originales, traducciones y reimpressiones), y enfatizó especialmente el alto nivel alcanzado en medicina —que Bourgoing extendió también a la botánica<sup>22</sup>. Respecto a lo segundo, despertaron especial admiración en los viajeros algunas de las singulares Sociedades Económicas de Amigos del País (País Vasco, Zaragoza, Madrid, Valencia, Sevilla, etc.) y sus actividades de fomento económico y educativo (Bourgoing 368-9), pero también el Jardín Botánico y el Real Gabinete de Historia Natural —“una de las colecciones más completas de Europa” (318)<sup>23</sup>—; la escuela de pilotos y

---

<sup>19</sup> También Baretti (382-3).

<sup>20</sup> Además de destacar a figuras como Sarmiento, Feijoo, Isla, Campomanes, Tomás López, Jorge Juan o Sabatini, Baretti se refirió con aprecio a la disponibilidad de buenas traducciones de clásicos de la Antigüedad grecolatina y a los valiosos textos de erudición árabe existentes en El Escorial.

<sup>21</sup> Esto reflejaba a su vez “un gobierno dispuesto a acoger y difundir las Luces” que no dudaba en apoyar expediciones científicas extranjeras a América como la del alemán Alexander von Humboldt (Bourgoing 322-3).

<sup>22</sup> Fischer recogió publicaciones en ámbitos tales como lingüística; derecho; medicina; tecnología y artes (donde hacía referencia al Real Gabinete de Máquinas); matemáticas, física y astronomía; historia, geografía y antigüedades; viajes; o filosofía, moral, política y comercio (donde —entre otros títulos— citaba la traducción de *La Riqueza de las Naciones* de Smith a cargo de Alonso Ortiz). Bourgoing, por su parte, destacó sobre todo la expedición botánica al Virreinato del Perú y la obra *Flora Peruviana et Chilensis* de Hipólito Ruiz López y José Antonio Pavón, “espléndido monumento erigido a mayor gloria de la Botánica por una nación que el público se obstina en juzgar atrasada en todas las ciencias” (318). En general, opinaba que las contribuciones españolas a las ciencias eran “mucho más numerosas de lo que normalmente se [pensaba] fuera de España” (295). Y luego citaba una larga serie de autores que en aquel momento despuntaban en distintos campos del saber (353-57).

<sup>23</sup> Una curiosa propuesta de Bourgoing (316-7) era la de constituir una “galería viviente de historia natural” en los alrededores del Real Jardín Botánico, es decir, familias de las diversas partes del extenso Imperio español con sus

el observatorio de San Fernando, cuyo nivel en matemáticas y astronomía hacía que fuera “difícil encontrar en parte alguna de Europa un establecimiento militar más completo” (790); la academia de artilleros de Segovia y los cuerpos de ingenieros militares y navales, que proporcionaban una excelente formación técnica (365-6, 476); las casas de grabadores e impresores (como Ibarra o Monfort), capaces de realizar magníficas ediciones parangonables a las mejores de Europa (333-4); las Reales Academias, como las de Medicina, Bellas Artes de San Fernando, Historia –que había promovido un notable diccionario geográfico-histórico de España–, y de la Lengua –que había creado “el más completo diccionario aparecido [hasta entonces] en lengua alguna” (340)<sup>24</sup>–; la proliferación de publicaciones periódicas (como la *Gaceta de la corte*, el *Mercurio histórico y político*, el *Espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa*, o el *Correo Mercantil de España y sus Indias*), que demostraban la inquietud por “estar al tanto de cuanto de interesante” sucedía en el continente (358-9)<sup>25</sup>; o la intensificación del comercio de libros, que se relacionaba con la reducción de la influencia eclesiástica, la extensión del conocimiento, el mayor vigor literario, y el avance del hábito de lectura (Fischer 236)<sup>26</sup>.

En definitiva, “las Luces y los distintos modos de adquirirlas no [eran] tan raros en España como comúnmente se [pensaba]”, y “la literatura, las ciencias y las bellas artes no [estaban] allí ni mucho menos descuidadas” (Bourgoing 366). No obstante, si bien la progresión había sido evidente y las Luces estaban “mucho más extendidas que [hacía] cincuenta años”, “tropezaban [aún] con múltiples obstáculos y [necesitaban] mayor estímulo” (353, 366). Por ejemplo, las universidades no habían recuperado todavía la reputación de la que habían gozado en otro tiempo, la educación en general estaba aún demasiado descuidada –y se había resentido con la expulsión de los jesuitas–, y existía cierto poso de fanatismo religioso y poco aprecio social por los cultivadores del conocimiento<sup>27</sup>.

---

viviendas, cultivos, formas de vestir, etc. Ello –según el viajero francés– atraería gentes de toda Europa.

<sup>24</sup> Para una lista de todas las instituciones culturales y científicas que existían en Madrid véase Fischer (252-5).

<sup>25</sup> Ver también Fischer (240-3).

<sup>26</sup> Fischer añade: “se escribe más porque se puede publicar más, y se publica más porque se lee más. Aunque todavía usted no debe comparar a los librerías españoles con los alemanes, por lo menos se les puede encontrar en todas las ciudades grandes y medianas” (236). Sobre el público lector en la España del XVIII, véase el capítulo 15 de Diz.

<sup>27</sup> Baretti (389-91) describió la otrora eminente universidad de Alcalá en estado ruinoso. No obstante, también reconoció que el hombre medio se expresaba en general con propiedad y que la cultura popular (romances, cantares, etc.) era muy rica (248-52, 315). Véase también Bourgoing (352, 364).

Otro importante avance observable era la disminución del poder de la Iglesia. Esto es, España ya no estaba “tan sujeta al yugo eclesiástico como se [decía]” (387)<sup>28</sup>, pese a que los viajeros criticaran aún determinados aspectos, como la inmovilización de cuantiosas riquezas que quedaban fuera del circuito económico, la persistencia de signos de superstición y fanatismo, o los abusos derivados de una caridad mal entendida que incitaba a la holganza (Fischer 187; Bourgoing 151-2, 385)<sup>29</sup>. No obstante, reconocían al mismo tiempo que el estamento eclesiástico contribuía ya al sostenimiento del Estado mediante el pago de algunos impuestos (Bourgoing 426-7), y que ciertos cardenales – como Lorenzana– habían hecho una labor importante en el estímulo de la manufactura y el socorro de pobres, gastando sus rentas allí donde se originaban (Baretti 300-2, 430; Bourgoing 386, 685-6, 704). Igualmente, la Inquisición había “templado mucho sus rigores”, de suerte que la imagen que se tenía de ella en el extranjero no se correspondía en absoluto con la realidad (Bourgoing 392, 406; Fischer 250)<sup>30</sup>. Es decir, aunque su supresión se antojaba aún difícil, era posible eludirla “con facilidad y vivir tan tranquilamente [...] como en cualquier otro país de Europa” (Bourgoing 408). Las listas de libros prohibidos tenían poca efectividad entre las clases ilustradas, y más bien daban publicidad a qué leer (Baretti 307).

Respecto a la sociedad, los viajeros elogiaron la falta de afectación a la hora de guardar distancias entre clases sociales y el hecho de que no hubiese una drástica separación entre el pueblo llano y la baja nobleza, si bien subrayaron el rechazo de esta última hacia los llamados oficios viles y su marcado orgullo aristocrático (Baretti 193, 379; Bourgoing 246-7, 599)<sup>31</sup>. Por otro lado, se mostraron críticos con la alta nobleza por su absentismo y su desinterés hacia las cuestiones agrícolas y los placeres campestres (Bourgoing 634; Fischer 234), por mantener

---

<sup>28</sup> Véase asimismo Fischer (235-6).

<sup>29</sup> Fischer (233) enfatizaba el contraste en Castilla la Vieja entre los míseros pueblos y los majestuosos edificios religiosos de piedra (monasterios, colegiadas, etc.). Baretti (227, 406) consideraba que el español era de “limosna fácil” y ello generaba excesiva mendicidad. También se refirió repetidamente a la exagerada población eclesiástica y a las amplias posesiones “improductivas” de la Iglesia: “¡Qué indignación debe producir en el corazón de un comerciante en apuros la contemplación de tanta mercancía inútilmente encerrada!” (256). También, por ejemplo, pueden consultarse las páginas 257-9 y 299-300.

<sup>30</sup> Fischer (251) incluso consideraba que “las nuevas ideas francesas [de la revolución] se [habían] extendido ya bastante, a pesar de todas las medidas de precaución”.

<sup>31</sup> Fischer señala: “en España hay [...] más igualdad entre las clases sociales, menos arrogancia entre los grandes y más desprecio a los prejuicios de las clases que en Alemania” (249).

extensas familias de sirvientes fomentando así la indolencia, y por considerar que no asumía sus responsabilidades respecto al país cayendo en la ociosidad –“rara vez trataron de brillar en las diferentes carreras abiertas a su ambición” (Bourgoing 237)<sup>32</sup>. Esto último podía explicar la importante presencia de extranjeros (franceses, italianos, irlandeses) en el gobierno y la vida política española, aunque con Carlos IV las cosas parecían haber empezado a cambiar (500-3). En cuanto a la situación de la mujer en los estamentos privilegiados, los viajeros reconocían que gozaba de entera libertad pero su educación era aún muy deficiente (Baretti 383-4; Bourgoing 622, 628; Fischer 223-5); además, les resultaba sorprendente la curiosa combinación de prácticas licenciosas –como el cortejo– y estricta observancia religiosa (Baretti 354-8; Bourgoing 625; Fischer 222-4). También les llamaron la atención otras singulares costumbres sociales tales como los bailes –el voluptuoso fandango, la seguidilla y el bolero–, las tertulias institucionalizadas, el fenómeno del “majismo”, ciertas prendas de vestir (capas, sombreros chambergos, mantillas, etc.), o las corridas de toros –que Bourgoing consideraba “un obstáculo para el progreso de la agricultura” y una barrera a “los progresos de la sana filosofía” (679)<sup>33</sup>.

Los tres viajeros –con Baretti (311-4, 435) a la cabeza– desdénaron en general los viejos tópicos sobre el carácter español, como la pereza o la parsimonia, que a menudo se habían venido utilizando para explicar el atraso económico en conjunción con otros factores<sup>34</sup>. Sin embargo, Bourgoing, inmediatamente después de subrayar lo inadecuado de dichos tópicos para retratar a los habitantes de un país de tanta diversidad regional, reafirmaba la persistencia de ciertos rasgos comunes “en los que toda la nación española [podía] reconocerse aún”, tales como la simpatía, el ingenio, el valor, cierto espíritu oriental, un acentuado orgullo, o el apego supersticioso y fanático a las creencias religiosas en las clases menos educadas (596-615). Fischer añadía a esto último la generosidad, la honradez y el rechazo a la novedad (184, 234).

En cualquier caso, lo cierto era que la educación de las clases populares seguía siendo la gran asignatura pendiente. Así, por ejemplo, Fischer observó en Castilla “un total desconocimiento de las artes mecánicas, de la industria doméstica y de la economía en general” (233-4); un pueblo con bajo nivel educativo que sin embargo mostraba curiosidad e interés por aprender. Es decir, “la naturaleza pura no [estaba] embellecida por ninguna educación cuidadosa” y el espíritu

---

<sup>32</sup> Véase también Baretti (352, 372).

<sup>33</sup> Véase también Bourgoing (616-20, 631-6, 665-6, 669-79). Baretti (192, 196, 296-9, 306, 376-8, 386).

<sup>34</sup> Para Baretti la naturaleza humana era siempre la misma, lo que cambiaba eran las leyes y los incentivos: “ponedlos en condiciones de ser más activos y serán más activos” (314). En general, destacó la amabilidad, cordialidad y hospitalidad que encontró en todas las clases sociales (284-5, 295-6, 374).

general todavía parecía ser el de “la ignorancia y la brutalidad” (235), lo que dejaba el campo abierto a un adoctrinamiento religioso extremo<sup>35</sup>. No obstante, también aquí las cosas habían empezado a cambiar:

El gobierno ha comprendido que es una ventaja gobernar a un pueblo educado, por lo que ha empezado a actuar contra el poder eclesiástico y a fomentar la cultura [...] ¿No se han dado por lo menos los primeros pasos? ¿No disminuyen cada vez más los restos de la barbarie? ¿No se nota más la diferencia entre las viejas normas y las nuevas ideas? ¿Y no se extienden muchos conocimientos útiles por todas partes? Efectivamente, la nación está desarrollando ahora silenciosamente sus facultades, para llamar la atención en el siglo que viene. (235)

Los mayores obstáculos a la mejora general los encontraron los viajeros en las frecuentes guerras —que en buena medida habían derivado de la alianza con Francia y habían disparado el endeudamiento público— así como en ciertos rasgos de mal gobierno (Bourgoing 353, 932-5). Por ejemplo, el absolutismo monárquico y la inexistencia de contrapesos, límites y mecanismos de representatividad, de manera que las Cortes tenían un carácter puramente formal y los diversos Consejos Reales carecían de capacidad para controlar los excesos del despotismo (247, 249, 254-6, 459)<sup>36</sup>; la falta de constancia en muchos de los proyectos emprendidos —“un impulso imagina y otro desmantela” (939)<sup>37</sup>—; las continuas intrigas y envidias de la Corte que habían dejado un largo reguero de hombres de valía caídos en desgracia<sup>38</sup>; o también la lentitud y complejidad de la Administración, con significativas peculiaridades según territorios, como Navarra o el País Vasco (Bourgoing 252-4; Fischer 175). Dicha complejidad se extendía asimismo al sistema monetario —dada la variedad de monedas en circulación (Bourgoing 454-6)— y a una voraz hacienda pública, llena de formalismos, burocracia y arbitrariedades que abrían la puerta a abusos y corruptelas (416-8). En el caso concreto de Castilla, el peso de las rentas provinciales, que gravaban el consumo de las cosas más

---

<sup>35</sup> “La mayoría de las doctrinas eclesiásticas son en el fondo nada más que sustitutivos de la razón, que no ha conocido un desarrollo suficiente” (Fischer 235)

<sup>36</sup> “Donde el pueblo no interviene —siquiera de forma indirecta— en la elaboración de las leyes, acaba olvidado, cuando no oprimido por ellas. Recae sobre él intacto todo su rigor, pero se le niega el acceso a sus beneficios” (Bourgoing 410).

<sup>37</sup> Véase también Baretti (387-8) y Fischer (379).

<sup>38</sup> Tras citar una extensa relación de nombres, Bourgoing concluía: “No escasean pensiones y empleos para los tontos y los intrigantes. Falta dinero para las iniciativas útiles; abunda para mantener un lujo que nada añade al brillo del trono” (935).

comunes, hacía que el régimen fiscal fuese allí especialmente injusto y opresivo en comparación con Aragón (422-6). En cualquier caso, la insuficiencia de ingresos de la Corona era crónica y el coste de la Administración colonial de América se comía todo lo allí recaudado (428, 433-4).

Sin embargo, a pesar de lo anterior, los viajeros identificaban también aciertos de la acción pública en ámbitos muy diversos, pues España había contado sin duda con administradores capaces (Macanaz, Campillo, Ensenada, Aranda, Lerena, Gálvez, Olavide, Campomanes, Floridablanca, Cabarrús, etc.) (945). Ello llevaba a Bourgoing a afirmar admirativamente al final de su libro: "¡Cuánto [se] ha hecho ya para salir del humillante atraso al que a finales del siglo XVII se veía abocada [España]!" (935). Por ejemplo, la Marina disfrutaba de un buen nivel "técnico" y –gracias los esfuerzos borbónicos de recuperación– se situaba de nuevo "en pie de igualdad" con la de otras potencias europeas (484-7, 494, 507). El Ejército tenía uno de los sistemas de milicias mejor organizado de Europa y había creado con éxito las escuelas militares y un activo cuerpo de ingenieros (466-8, 476)<sup>39</sup>; la artillería, en particular, como aquella parte del "arte militar" más relacionada con la ciencia aplicada, "no se [había] quedado atrás" en España, y así era patente en la fabricación de armas, salitre y pólvora (466-74). La política de pobres contaba con algunas instituciones ejemplares –como el hospicio de Cádiz, el Hospital del Rey de Burgos o la Casa de la Misericordia de Zaragoza– que podían dar lecciones a países que se consideraban bastante más adelantados (151, 336, 709, 782)<sup>40</sup>. En cuanto al sistema judicial, la no existencia de puestos venales en la magistratura ahuyentaba la incapacidad y la ignorancia, aunque los límites entre diferentes jurisdicciones (audiencias, cancellerías, Consejo de Castilla) no estaban fijados con suficiente claridad (373; 376); en cualquier caso, era notable el grado de seguridad pública, en tanto que la reforma de la legislación penal de Carlos III había significado un claro avance (Baretti 285; Bourgoing 379-80). En el ámbito financiero, los vales reales habían sido una innovación audaz que había permitido un endeudamiento "poco gravoso" dado el escaso crédito del gobierno (Bourgoing 440), mientras que la creación del Banco de San Carlos había conseguido poner en circulación, para beneficio del comercio y la industria, "gran cantidad de fondos antes improductivos por desidia y falta de empleo" (451). Respecto a las obras públicas, donde ciertamente aún quedaba mucho por hacer para facilitar el comercio interior, se habían realizado ya al menos cosas estimables "con acierto y solidez", como el Canal Imperial de Aragón o algunos puentes, puertos y tramos de caminos principales, y ello pese a la lentitud, la falta de una "voluntad firme y sostenida", y el exceso de magnificencia de muchos

---

<sup>39</sup> Fischer (323-4) también tiene una opinión favorable del Ejército.

<sup>40</sup> Baretti (371; 432) encontró en Madrid un escaso número de mendigos; en Zaragoza la mendicidad le pareció algo menos controlada.

proyectos (367; 713-4). Por otro lado, la colonización de Sierra Morena –con todos sus defectos– era “una impresionante muestra de los milagros que [podía] obrar un gobierno”, pues era preciso “haber visto [previamente] su despoblación y esterilidad para apreciar el mérito de una creación semejante” (737-8)<sup>41</sup>. En lo concerniente al comercio había que reconocer los muy positivos efectos económicos que había tenido la liberalización del comercio interior de granos y la progresiva liberalización del comercio entre España y América desde 1765, si bien aún había un amplio margen de mejora, pues –por ejemplo– el comercio de cabotaje y de preciados productos como la lana estaba en gran medida en manos extranjeras, al tiempo que seguían existiendo alicientes para el contrabando y las frecuentes guerras provocaban interrupciones y estrangulamientos en el comercio exterior (Bourgoing 197, 516-7, 520-1, 530-43; Fischer 320, 351). Por lo que atañía a la política colonial, había algunas colonias –como Trinidad, Luisiana, Filipinas y México– cuya gestión había mejorado sustancialmente bajo dominio español, experimentando una clara regeneración económica (Bourgoing 551-88); además, era justo reconocer que los esclavos recibían un mejor trato en el Imperio español que en las colonias inglesas, francesas u holandesas (567)<sup>42</sup>. Finalmente, los viajeros constataban que –a lo largo del siglo– había habido una progresiva recuperación de la manufactura por todo el territorio español (paños, vidrio, porcelana, etc.), y que el gobierno había intentado contribuir a dicho resurgimiento a través de las controvertidas Reales Fábricas (Guadalajara, La Granja, etc.); cierto que en muchos casos la calidad era aún manifiestamente mejorable, pero de cualquier forma podía considerarse un punto de partida (199-205, 272-3, 312-3, 366)<sup>43</sup>.

Los viajeros –que difícilmente podían prever la abrupta ruptura de trayectoria que iba a suponer la invasión napoleónica de 1808– esbozaron unas buenas perspectivas de futuro para el país si se perseveraba en algunas de las reformas ya emprendidas y se introducían ciertos cambios<sup>44</sup>. En particular, fue Bourgoing (939-49) quien más se

---

<sup>41</sup> Véase también Fischer (362-4).

<sup>42</sup> “La nación a la que se reprocha haber mancillado el Nuevo Mundo con sus crueldades es, junto con Portugal, la que con mayor consideración trata a los negros” (Bourgoing 567).

<sup>43</sup> Bourgoing. Barette (239-41, 393-4) se refiere especialmente a las Reales Fábricas de Talavera y Guadalajara, destacando el excesivo coste de esta última (393).

<sup>44</sup> Bourgoing (938-9, 946-7) basaba sus buenas perspectivas para España en el hecho de no vislumbrar ningún problema grave a corto plazo y en la capacidad del joven Godoy apoyada en un monarca de rectas costumbres. Los borbones no eran “reyes ni grandes ni dotados de brillantes cualidades”, pero sí probos y humanos (312).

adentró en este terreno de las propuestas concretas<sup>45</sup>: por ejemplo, mejorar la educación y fomentar los viajes y los contactos intelectuales con el extranjero; continuar con las políticas de fomento sectorial y de infraestructuras; reactivar las Sociedades Económicas de Amigos del País; movilizar el capital privado hacia obras de interés nacional (riegos, caminos, arbolado, etc.); reducir la población eclesiástica; mejorar el sistema legal y la Administración; o acometer las reformas “lentas, sabiamente calculadas” que desde hacía mucho tiempo demandaba una agricultura desatendida y con grandes posibilidades desaprovechadas (eliminación de la Mesta y sus abusos, reducción del “descomunal ejército de ovejas” que devoraba el país, abolición de los mayorazgos, partición de los grandes latifundios, etc.) (193; 519-20; 949)<sup>46</sup>. Aunque no apelaba a la necesidad de un cambio de régimen político —e incluso llegaba a señalar que un gobierno despótico al menos tenía la ventaja de que “un solo acto de su voluntad, resuelto, sostenido, [podía] obrar prodigios” (946)—, sí consideraba inevitable la independencia de la mayor parte de las colonias americanas y animaba a que esta se canalizase por una vía pacífica que permitiera seguir manteniendo estrechos lazos político-económicos (475-6; 588; 941). También llamaba tanto a evitar los frecuentes conflictos armados (pues la prosperidad necesitaba de largos periodos de paz y no de glorias militares) como a olvidar “aventuras” espectaculares pero muy costosas —por ejemplo, la Compañía de Filipinas—; es decir, había que centrar la atención en lo cercano y consolidar la prosperidad por vías más sencillas (393-40; 572-83).

### **Conclusión: la conexión con el posibilismo de la Ilustración española**

Los arbitristas castellanos, desde finales del siglo XVI y sobre todo durante el siglo XVII, se habían centrado en la decadencia de Castilla y sus causas. Fueron los primeros que se preguntaron por qué unas provincias del norte del Imperio —la actual Holanda— sin un gran ejército, con escasos recursos naturales y poca población se estaban convirtiendo en el milagro económico de la Europa del siglo XVII y, en cambio, Castilla, el corazón del Imperio, con un gran ejército, colonias, metales preciosos, recursos naturales y una población llena de virtudes se estaba quedando atrasada. Para ellos la explicación a esta paradoja residía en el abandono de las actividades productivas y la preferencia de los castellanos por vivir de las rentas no fruto del trabajo —ya fueran censos o juros— o de limosnas, mientras los “países estériles” (privados de recursos naturales, como Holanda) eran prósperos por ser “industriosos” (Perdices de Blas 53-78).

---

<sup>45</sup> Véase también Baretti (225).

<sup>46</sup> Fischer (359) también subrayó —en referencia específica a Andalucía— la desigual distribución de la propiedad de la tierra y la mala legislación de arrendamientos

Los economistas españoles de la Ilustración tardía abandonaron la negativa visión decadentista de los arbitristas y de la mayoría de los viajeros extranjeros que visitaron la Península en los siglos XVII y XVIII. Aunque reconocieron las dificultades y el retraso frente a las grandes potencias del momento, mostraron una clara confianza en las posibilidades de crecimiento de la economía española. Desde una perspectiva reformista, gradualista y pragmática, creyeron en general que era factible el avance en los diferentes ámbitos socioeconómicos bajo el régimen del absolutismo ilustrado, el cual venía impulsando un amplio programa de desarrollo que incluía medidas de fomento de la agricultura y la manufactura, proteccionismo frente al exterior, o una paulatina liberalización interior y del comercio dentro del Imperio (Llombart, “El pensamiento” 20-2; 27-8; 35-6).

Este optimismo posibilista de los ilustrados españoles enlaza claramente con la imagen dinámica de una España en transformación ofrecida por Baretti, Bourgoing y Fischer. Un buen ejemplo de dicha actitud lo tenemos en Jovellanos, contemporáneo de los tres viajeros estudiados en este artículo y máximo exponente de las ideas ilustradas de finales de la centuria. Como principal conclusión de su estudio histórico sobre la evolución del sector primario en España (desde la época romana hasta el reinado de Carlos III) destacó “el estado progresivo de la agricultura” española (698), contradiciendo así a aquellos que –como los arbitristas– habían hablado de decadencia; como sintetiza Llombart (“Estudio” 84-5), frente a los obstáculos de origen político, moral y físico, Jovellanos propuso libertad, luces y auxilios públicos respectivamente. Es decir, en su *Informe de Ley Agraria* (1795) incidió en los problemas del sector primario, pero *también* en el crecimiento económico continuado del mismo, que incluso podría llegar a ser mayor si se eliminaban los citados estorbos políticos, morales y físicos.

La renovada imagen de la España Ilustrada ofrecida por Baretti, Bourgoing y Fischer (la de un país en proceso de cambio que había ido recuperando posiciones, en el que se habían dado avances importantes y que volvía a conectarse con las principales corrientes europeas de pensamiento), no tuvo tiempo de calar en el extranjero. La Guerra de la Independencia a comienzos del siglo XIX, junto con la posterior restauración absolutista de Fernando VII y la pérdida del Imperio americano, convirtieron a España en una nación claramente “descolgada” en los ámbitos socioeconómico e intelectual, que además carecía ya completamente de peso político en el concierto europeo. Así, José María Blanco White, en una amplia reseña de una obra de François Guizot –escrita junto a John Stuart Mill y publicada en la *London Review* en 1836–, reproducía las duras palabras sobre España del influyente político e historiador francés, cuyos libros gozaron de una gran difusión en la Europa del siglo XIX. Éste volvía a retomar otra vez la vieja imagen que Baretti, Bourgoing y Fischer habían intentado –sin éxito– superar (la del país atrapado en el estancamiento, al margen de todo verdadero progreso social e intelectual), pero ahora además situaba ya

claramente a España como un país “ajeno” a Europa, prácticamente al margen de la civilización europea, lo que sí constituía una novedad:

[El] personaje principal de la civilización –el progreso general y continuo– ha sido negado en España, tanto en el intelecto como en la sociedad. En vano debemos buscar alguna gran idea, alguna mejora social, algún sistema filosófico, alguna institución activamente benevolente, que Europa tenga que agradecerle a España. Parece bastante desconectada de Europa: ha tomado poco en sus manos, y ha devuelto mucho menos [...] Es, sin duda, de poca importancia en la historia de la civilización europea. (Blanco White y Mill 377)<sup>47</sup>

Precisamente, esta idea de país “no europeo” iba a convertirse en una de las notas características de la imagen romántica de España en el siglo XIX: ya no se iba a hablar de un país *européo* pero atrasado –como el que dibujaban los viajeros de los siglos XVII y XVIII–, sino de un país exótico, pintoresco, “oriental”, no civilizado, es decir, atractivo por diferente (Lamo de Espinosa 23).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Baretti, Giuseppe. *Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia* [1770]. Ed. Soledad Martínez de Pinillos. Madrid: Reino de Redonda, 2005.
- Batllore, Miquel. “Prólogo. Presencia de España en la Europa del siglo XVIII. La presencia de España en las capas de la cultura media: los libros de viajes.” En *Historia de España de Menéndez Pidal, tomo XXXI, vol 1: La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1987. XI-XXV.
- Bennassar, Bartolomé y Lucile. *Le voyage en Espagne: anthologie des voyageurs français et francophones du XVIe au XIXe siècle*. París: Roberto Laffon, 1998.
- Blanco White, José María, y John Stuart Mill. “Guizot’s Lectures on European Civilization” [1836]. En *The Collected Works of John Stuart Mill. Vol. XX: Essays on French History and Historians*. Ed. John M. Robson. Toronto: University of Toronto Press, 1985. 367-393.
- Bourgoing, Jean-François. *Imagen de la moderna España* [1797]. Ed. Emilio Soler. Alicante: Universidad de Alicante, 2012.
- Caro Baroja, Julio. *El mito del carácter nacional*. Madrid: Caro Raggio, 2004.

---

<sup>47</sup> La reseña se refería a dos libros de Guizot basados en sus clases en la universidad de París: *Historia general de la civilización en Europa* (1828) e *Historia de la civilización en Francia* (1830).

- Diz, Alejandro. *Idea de Europa en la España del siglo XVIII*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.
- Fischer, Christian August. *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz* [1799]. Ed. Hiltrud Friederich-Stegmann. Alicante: Universidad de Alicante, 2007.
- Freixa, Consol. "España en las Geografías británicas del siglo XVIII." *Estudios Geográficos* 214 (1994): 59-79.
- \_\_\_\_\_. *La imagen de España en los viajeros británicos del siglo XVIII*, 2 vols. Tesis Doctoral. Barcelona: Dpto. de Geografía Humana, Universidad de Barcelona (microfilmada), 1991.
- Friederich-Stegmann, Hiltrud. "Estudio introductorio." En C. A. Fischer, *Viaje de Ámsterdam a Génova pasando por Madrid y Cádiz*. Ed. Hiltrud Friederich-Stegmann. Alicante: Universidad de Alicante, 2007. 15-68.
- \_\_\_\_\_. *La imagen de España en los libros de los viajeros alemanes del siglo XVIII*. Alicante: Universidad de Alicante, 2014.
- Guerrero, Ana C. *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1990.
- Humboldt, Wilhelm von. *Diario de viaje a España, 1799-1800*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Iglesias, Carmen. "España desde fuera." En *España. Reflexiones sobre el ser de España*. Ed. E. Benito Ruano. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998. 377-428.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de. "Informe de Ley Agraria" [1795]. En G.M. de Jovellanos, *Obras completas. Tomo X: Escritos económicos*. Ed. V. Llombart y J. Ocampo Suárez-Valdés. Gijón: Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII y KRK Ediciones, 2008. 689-848.
- Kant, Immanuel. *Antropología en sentido pragmático* [1798]. Madrid: Alianza, 1991.
- Lamo de Espinosa, Emilio. "La marca España. Bueno para vivir, malo para trabajar." *Economistas* 134 (2013): 16-25.
- Llombart, Vicent. "El pensamiento económico de la Ilustración en España." En *Economía y economistas españoles, Vol. 3: La Ilustración*. Ed. Enrique Fuentes Quintana. Barcelona: Círculo de Lectores - Galaxia Gutenberg, 2000. 7-89.

—. "Estudio preliminar: Jovellanos, economista de la Ilustración tardía." En G.M. de Jovellanos, *Escritos económicos*. Ed. V. Llombart, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales-Fundación ICO-Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2000. 2-177.

Mariás, Julián. *España inteligible: razón histórica de las Españas*. Madrid: Alianza, 1985.

Martínez de Pinillos, Soledad. "Introducción." En G. Baretti, *Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia* [1770]. Ed. Soledad Martínez de Pinillos. Madrid: Reino de Redonda, 2005. 13-27.

Masson de Morvilliers, Nicolas. *La España de la Encyclopédie Méthodique de 1782*. [Recurso electrónico]. Murcia: Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico, 2010.  
<<http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/LIBROS/Libro0665.pdf>>. [25 de marzo de 2016].

Perdices de Blas, Luis. *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII. Investigación de los arbitristas sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Madrid: Editorial Síntesis, 1996.

— y Ramos Gorostiza, José Luis. "La imagen económica de la España del siglo XVII: la mirada extranjera frente a la visión de los arbitristas." *Hispanic Research Journal* 16.3 (2015): 221-238.

Ramos Gorostiza, José Luis. "La imagen económica de la España de Carlos III: Joseph Townsend, Alexander Jardine y los economistas españoles." *Revista de Historia Económica – Journal of Iberian and Latin American Economic History* XXIV.1 (2006): 139-173.

Raventós, Anna. "El barón de Bourgoing o la pasión por la objetividad." En *Escrituras y reescrituras del viaje*. Ed. J.M. Oliver, C. Curell, C.G. Uriarte y B. Picó. Berna: Peter Lang, 2007. 447-462.

—. "Los queridos y siempre excesivos españoles del barón de Bourgoing." En *La cultura del otro: español en Francia, francés en España*. Ed. Manuel Bruña *et al.* Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006. 236-250.

Rebok, Sandra. "La imagen de España creada por Alexander von Humboldt." *Revista de Occidente* 294 (2005): 57-76.

Sarrailh, Jean. *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México: FCE, 1992.

Shaw, Patricia. *España vista por los ingleses del siglo XVII*. Madrid: Sociedad General de Librería, 1981.

Soler, Emilio. "Jean-François Bourgoing, algo más que un viaje por España." En J.F. Bourgoing, *Imagen de la moderna España* [1797]. Ed. Emilio Soler. Alicante: Universidad de Alicante, 2012. 11-112.

Soriano, María Enriqueta. *España vista por historiógrafos y viajeros italianos (1750-1799)*. Madrid: Narcea, 1980.

The Ibero-American Society for Eighteenth Century Studies (IASECS)

*The Pilar Sáenz Annual Student Essay Prize*  
*The María Salgado Student Travel Grant*  
*ASECS Registration Fee Grants*

The **Pilar Sáenz Annual Student Essay Prize** is awarded to the best essay dealing with eighteenth-century Spain, Portugal or Ibero-America. The prize is open to graduate students enrolled in a North American university. Advanced undergraduate work could be considered provided it is accompanied by the recommendation of their professor. All entries received by February 15th will be considered for the current year's prize. The IASECS Essay Prize Committee will announce the award at the ASECS annual meeting. The winner will receive

- (1) \$250.00
- (2) a two-year membership in IASECS

The revised version of the essay will be considered for publication in *Dieciocho*.

Students should submit the following items by **FEBRUARY 15**:

- (1) three anonymous copies of their essay, typed, double-spaced; no longer than 22 pages including notes;
- (2) a cover sheet indicating the title;
- (3) a sealed envelope with the name of the author, the university name, address and e-mail address.

For inquiries contact: [valle@kzoo.edu](mailto:valle@kzoo.edu)

**Submissions for Annual Student Prize should be sent to:**

Professor Enid Valle  
Attn: IASECS Annual Student Prize  
Department of Romance Languages and Literature  
1200 Academy Street  
Kalamazoo College  
Kalamazoo, MI 49006

**The María Salgado Student Travel Grant:** IASECS offers up to a maximum of \$400 to graduate students from North American universities who will be presenting a paper focused on eighteenth-century Spain, Portugal, or Ibero-America, at the American Society for Eighteenth Century Studies (ASECS) national annual meeting.

To inquire about availability of funds contact: [valle@kzoo.edu](mailto:valle@kzoo.edu). The funds will be granted and disbursed upon submission of receipts no later than two weeks after the national conference.

**ASECS Registration Fee Grants (two awards per year).** Grants are available for non-tenure-track full-time and part-time faculty (lecturers, instructor, adjuncts, etc.) colleagues. Those who have not received an award previously will be given preference. Funds for the fee grant registration grants are disbursed after presenting a paper focused on eighteenth-century Spain, Portugal, or Ibero-America, at the American Society for Eighteenth Century Studies (ASECS) national annual meeting.

For inquiries contact: [valle@kzoo.edu](mailto:valle@kzoo.edu).